

El Diario de Miranda

Miranda's diary

Edgardo Mondolfi Gudat

Por el orden temático en que está previsto desarrollarse este coloquio, me ha tocado el papel de abrir fuegos disertando sobre un Miranda inicial, un Miranda en plena etapa de formación. Un Miranda “premirandino” si se quiere, desde el punto de vista de la maduración de sus ideas políticas; un Miranda anterior al hombre de los memoranda, de las proclamas, de sus negociaciones con los gabinetes europeos, del Miranda que se nos revela a través de sus proyectos constitucionales, acerca de todo lo cual seguramente habrán de referirse más adelante mis colegas panelistas, Carolina Guerrero y Fernando Falcón.

De modo que me corresponde contraerme aquí a aquel Miranda, cuya vida está cronológicamente circunscrita en este caso a los años 1771 –cuando zarpa de Venezuela a los 21 años para fabricarse un mundo propio– y 1789, cuando concluye un espectacular periplo que lo llevó a recorrer Norteamérica, Europa y Asia Menor, y aun unos años antes, como oficial al servicio del Rey, el norte de África y las Antillas.

Ese Miranda de 39 años de edad se ha destacado por tres cosas: primero, por haber adquirido una incipiente experiencia militar en el norte de África y las Antillas, asomándose de paso –más temprano que muchos de sus contemporáneos fuera de Estados Unidos– a los primeros resplandores de la revolución norteamericana; segundo, es el Miranda que ha dado ya los primeros pasos sin retorno hacia su ruptura con el régimen español; y, tercero, es el Miranda que ha recabado una abultada y precoz experiencia a través de aquellas andanzas, y que lo ha vertido todo en sus libretas de hombre curioso que conocemos como su *Diario de viajes*.

Es a través de este diario que podemos enterarnos que el futuro Generalísimo sufría constantemente de dolores de cabeza, que gustaba tomar agua con azúcar, que Rafael Sanzio era su pintor favorito, así como el hecho de que Haydn y Boccherini ocupaban un sitial predilecto entre sus músicos, y Virgilio y Cervantes entre sus autores de cabecera. Esto por sí solo lleva a cualquiera a concluir que tal tipo de testimonio íntimo o de desbordante erudición y, más aún, la oportunidad que tuvo de haber conocido y descrito a fondo la Europa preindustrial de su época (recorriendo cárceles, manicomios, hospitales y orfanatos para mejorar su estudio de las instituciones humanas), lo convierten en una expresión poco común entre los artífices de la independencia hispanoamericana.

Pero, al mismo tiempo, es en este “diario” en el cual queda plasmado el testimonio de sus primeras reflexiones e intereses en torno al tema de la política.

Precisamente por tratarse del soporte documental más temprano que conservamos acerca de su modo de pensar y entender la política, es que pretendo dedicarle a su *Diario de viajes* algunas glosas en el curso de mi intervención en el marco de este coloquio mirandino.

EL DIARIO DE MIRANDA

Para comenzar, a mucha gente le sorprende saber que Francisco de Miranda se volcó afanosamente a lo largo de varios años de su vida a llevar un diario personal que por fortuna aún podemos leer. La sorpresa tal vez estribe en que el “diario”, como género, ocupa un peldaño muy bajo dentro de nuestra cultura literaria, puesto que no ha sido precisamente una actividad llevada a cabo con esmero entre los habitantes de estas latitudes. Ignoro la razón para que ello sea así, aunque uno no pueda sustraerse con facilidad a la tentación de creer que en algo ayuda el cielo abierto del trópico a alejarnos de este tipo de registros intimistas.

Pero si el “diario” de Miranda es un espejo de lo que vio a su alrededor y quiso confiar al papel, vale apresurarse a advertir que excepto por una fugaz referencia a un paisaje rocoso de Suiza que en algo le recordaba al viejo camino de La Guaira, no hay nada de venezolano en sus páginas. No podía ser de otro modo para quien a los 21 años, en 1771, había resuelto zarpar para Europa, y que vendría a reencontrarse con su país más de cuarenta años después, sólo para vivir una trágica aventura política entre diciembre de 1810 y julio de 1812. Era demasiado el tiempo transcurrido para que Miranda no sufriera el peligroso desarraigo,

y muchos los años de ausencia también para que pudiese ir descubriendo a tiempo el turbio manantial de claves y las muchas facetas del “ser” venezolano que terminarían conspirando en su contra. Curiosamente, siendo el más lúcido de los cerebros que podían encabezar la Primera República, nada ni nadie pudo auxiliarlo de su trágica situación de “forastero”. Por eso, a la hora de hacer el catálogo de quienes formaron el devenir nacional, Miranda siempre desorienta a los venezolanos. Es un fruto extraño, aunque pocos se detengan a preguntarse porqué.

De cualquier modo, el diario constituye el período mejor documentado de su vida, referente no sólo a atisbos de carácter intelectual, sino –como ya lo he comentado fugazmente– a minucias autobiográficas, gustos, intereses, prejuicios y pasiones personales.

El caso es que entre su partida de Venezuela y la fecha en que resolvió radicarse definitivamente en Londres (1790), dispuesto ya a madurar sus planes en torno a la futura independencia de las colonias hispanoamericanas, Miranda labró estos papeles llenos de confidencias íntimas, que dan idea de un mundo más real y próximo a nuestra sensibilidad contemporánea que el largo cantar de gestas que forma toda nuestra literatura heroica. Se trata de unos papeles revestidos de un acento cosmopolita y palpitante, extraños a ratos, sorprendentes a no dudar, en los cuales sobresalen las anécdotas cortesanas, las observaciones artísticas y científicas, y los comentarios sobre instituciones civiles y costumbres de la más variada especie.

A lo largo de estas páginas, a Miranda podían cautivarlo por igual los restos fósiles de un animal prehistórico o un códice iluminado del siglo IX; el canto de un arrendajo o los grabados de Piranesi; las leyes de la aerostática o el misterioso hedor que desprendían los zorrillos; el estudio de las minas en los países escandinavos, así como las medidas de profilaxis sexual adoptadas en Livorno; la arquitectura de Palladio, la lectura de Maquiavelo o de Lawrence Sterne, a la par de las propiedades del fósforo o la forma de extraer la esperma de las ballenas.

Para un viajero cuya curiosidad difícilmente podía hallar límites, todo aquel mundo abigarrado y complejo donde se entremezclan consejos prácticos con la más rebuscada erudición, encuentra acomodo en las páginas de este diario. Desde luego, como venía diciendo al principio, la política no está ausente de aquel aluvión impresionante con que nos deslumbra su lectura. Es lógico que así fuera. Porque si Miranda se preocupaba por indagar los usos, las costumbres y las instituciones de cuanto país asimilara sus suelas de viajero, era porque procuraba

registrar el perfil de cada uno de ellos y hallar allí las claves de su comportamiento histórico. Con la agudeza de un antropólogo para captar la realidad circundante, su sentido de curiosidad por lo peculiar, lo pintoresco, lo llamativo o lo inesperado, que tanto color le da a las páginas de su diario, lo convierten fácilmente en el mejor observador de la realidad de la Europa o de la América del Norte del siglo XVIII no nacido en aquellas tierras. Al menos entre los viajeros hispanoamericanos de la época (que serían pocos), resulta difícil hallar algún caso equivalente al de Miranda.

Para un racionalista como él, formado dentro de la mejor lógica del enciclopedismo europeo, su método predilecto de trabajo consistía en diferenciar, caracterizar y personalizar cada grupo social de los países visitados. Quien piensa de tal manera y tiene tales o cuales instituciones y costumbres políticas –parece decirnos Miranda– tiene señalado su destino en función de semejantes determinaciones. Pero esta pasión por lo distinto hubiera podido quedar registrada nada más que como una simple curiosidad de turista si no fuera porque –y aquí se destaca otra de sus características como expresión del Iluminismo racionalista– Miranda traslada sus reflexiones hacia el mundo de lo práctico: en otras palabras, pretende asimilar cuanto ve y cree útil porque intuye poder aplicarlo al mejoramiento de las instituciones de su país de origen, como parte de un vago y difuso plan que anidaba ya en su cabeza. Recordemos en este sentido que aún se trata del Miranda joven, del viajero de los 20 a los 40 años, sobre quien resultaría temerario pensar que ya tuviese formado un sólido proyecto político. Pero al menos cómodamente, al juzgar por estos indicios, podríamos calificarlo como un estadista en ciernes.

Miranda no siempre ha corrido con suerte entre cuantos han estudiado su vida y obra, y pocos han señalado con acierto que una lectura más atenta de su diario y de sus papeles personales podría revelarnos a un hombre de pensamiento mucho más profundo de lo que hasta ahora se le ha considerado. Ello se debe en parte a que sus ideas han quedado sepultadas bajo la espesa red de lances y peripecias personales, y al hecho de que su excepcional participación en la vida cortesana europea ha tendido a poner de relieve ante nada el mundo de sus aventuras eróticas, o sea, sus hazañas de alcoba.

Haciendo bueno entonces este juicio, no hay duda de que muchas de las anotaciones que laten en las páginas de su diario forman parte de las constantes del pensamiento político de Miranda. Así, su rechazo natural a la anarquía, un

ensalzamiento permanente de las virtudes de la razón, la búsqueda de una libertad y un orden “racional” como fuentes del bienestar colectivo, tanto como su fe en el progreso ilimitado del hombre, son los principales elementos que integran el vocabulario político de Miranda, y que se ven reflejados, de una u otra forma, en su diario personal. Inevitablemente, a consecuencia de todo lo anterior, queda en evidencia también una actitud de reserva hacia ciertas tendencias que para él rayaban en la degradación y los excesos de las “nuevas” democracias. Así, por ejemplo, dirá, visitando Boston: “En varias ocasiones asistí a la asamblea general del cuerpo legislativo, donde tuve ocasión de ver los defectos e inconvenientes a que está sujeta esta democracia (...). Uno de los miembros venía recitando coplas que había tomado de memoria, en medio del debate que no entendía; otro, al fin de éste y de estarse hablando por dos horas del asunto, preguntaba cuál era la moción para votar. (...) Y si consideramos que toda influencia está dada por su Constitución a la propiedad, los miembros principales no deben ser por consecuencia los más sabios (sino) gentes destituidas de principios y educación. Uno era sastre hace cuatro años (...), otro posadero (...), otro galafate, (...), otro herrero, etc.”

Éste es el tipo de puñetazos que Miranda suele descargar en las páginas de su diario, y que, mal leídos, lo condenan a ser tenido como el representante de un “quietismo” colonial, de un espíritu conservador y retardatario. Pero el hecho de que Miranda profesase admiración a muchas de las prácticas vistas por él en distintas ciudades norteamericanas, no lo exime, como en este caso, de consignar sus implacables opiniones acerca del riesgo de que la democracia terminara apuntalando su camino entre la clase propietaria en lugar de gestarse entre los cerebros mejor amoblados para conducirla. Algo que evidentemente delata en Miranda a un fervoroso lector de la *República* de Platón. Sus prejuicios se repiten a cada rato: en otra etapa de su viaje habla, por ejemplo, de un prodigioso antecesor del submarino capaz de adherirse al fondo de un barco, pero cuyos inventores no habían recibido ni las gracias en el gran país del Norte. Y al respecto agrega con el filo de un bisturí: “Viva la democracia”.

Pero si algunos de los engranajes de la naciente democracia de Estados Unidos caen abatidos bajo su sarcasmo e ironía, Miranda se reserva muchas otras páginas para hacer un reportaje acerca de la frivolidad, la corrupción y las crisis ajenas al limitado Nuevo Mundo. En una remota aldea de Rusia apunta: “Noté aquí dos o tres mujeres que parecían decentes, y estaban tan empolvadas, pintadas, con zapatos de seda encarnada y blondas por todas partes, que parecían

modistas de Francia. ¡Válgate Dios, y cuánto ha contaminado la maldita frivolidad gálica al género humano!”

Desde luego que el comportamiento de las “testas coronadas” de aquella Europa que se hallaba a punto de estallar por la revolución que se gestaba en sus entrañas de modo inevitable, son también pasto de los comentarios implacables del viajero. Así, cuando se detiene a observar las muecas que hacía el Rey danés en un teatro de Fargestad, sus primeras observaciones lo conducen a pensar que la familia real danesa se hallaba irremediablemente devorada por las taras, y al final de su descripción sobre algunos patentes indicios de insania, deja consignada esta sabia lección aplicable a muchos gobernantes: “¡Oh, qué reflexión para una nación cuya cabeza está en este estado!”.

El *Diario de viajes* de Miranda tiene, pues, una piel ajena a las revelaciones del trópico. Puede que esto lo aleje de muchos lectores que más bien habrían preferido que aquel “forastero” no lo fuera tanto y que nos dijese algo acerca de nosotros mismos. Pero para aquellos que han transitado sus inverosímiles páginas, existen pocos espejos tan buenos para reflejar los delirios, los desmanes o las carencias del poder, aunque no sean necesariamente los nuestros.